

La Reunión de los duendes verdes

En un claro del bosque, el Gran Duende Verde agitaba los brazos con preocupación. Tenía el pelo blanco y se llamaba Atabel. Era de pequeña estatura, vivaracho y muy inteligente. Aquella noche había reunido a sus habitantes para comunicarles la terrible noticia.

–El Bosque está enfermo –dijo Atabel con voz triste. Y no sabemos por qué.

Estaba sobre una roca. Era el más anciano y el único que podía convocar la Reunión. Mientras hablaba, el viento mecía las copas de los árboles y cientos de duendes escuchaban en silencio.

–Tenemos que buscar ayuda antes de que se consuma por completo.

La asamblea se alborotó y algunos empezaron a llorar. Para los duendes el Bosque es su hogar y lo cuidan día y noche. Por eso, su misteriosa enfermedad los tenía muy tristes.

En una rama, Tonel y Rabel, que eran hermanos, escuchaban con los pies colgando. Eran unos duendes juguetones que vivían en los manantiales. Durante su viaje a la Reunión, habían encontrado algunas flores marchitas, pero no le dieron importancia.

—¡Tonel y Rabel! —gritó el Gran Duende desde su roca. Los duendes se miraron sorprendidos. Y Atabel dijo:

—Voy a enviaros al bosque de las Hayas, donde vive Alauda. Es sabia y conoce bien el Bosque. Guarda las Lágrimas de la Vida, que podrían ayudarnos. Contadle lo que sucede, pero tened cuidado. La Mancha Turbia no está lejos de allí.

Un murmullo de temor sacudió el Bosque. La Mancha Turbia era un lugar muy peligroso, porque en sus charcas vivían las criaturas de las ciénagas.

—Si no queréis ir, lo haré yo, aunque sea viejo.

Los duendes, ardillas, lechuzas y demás animales reunidos protestaron. El

Gran Duende hizo ademán de continuar y de nuevo se hizo el silencio.

–Esta enfermedad parece un conjuro y creo que necesitamos las Lágrimas para que el Bosque no muera –sentenció Atabel–. ¡Que la asamblea se manifieste! ¡El tiempo se acaba!

Y la asamblea resolvió enviar a Tonel y Rabel en busca de Alauda. Cuando lo oyeron, los duendes traviesos se asustaron. Pero Atabel les dijo:

–Venid a mi cabaña y os explicaré lo que tenéis que hacer. Y dando saltos, se apresuraron a seguirle.

Los otros duendes permanecieron en el claro, hablando en voz baja. Estaban preocupados, porque el Bosque ya no era verde sino amarillo. Los árboles no tenían fuerza para sostener sus ramas y la savia fluía despacio en su interior. Nadie sabía qué pasaba. Solo Atabel.

Tonel y Rabel

La casita de Atabel estaba en el hueco de un abeto, muy cerca de la copa. Llegaron a ella dando tres saltos largos y entraron. El interior lo iluminaban unas luciérnagas que colgaban del techo y que les saludaron al entrar.

El Gran Duende ofreció a sus amigos dos copas llenas de néctar de mora, que bebieron encantados, pues el néctar es la bebida preferida de los duendes, y el de mora era el favorito de Tonel y de Rabel.

Cuando el néctar se acabó, Atabel se puso serio y sacó un mapa animado.

—Aquí estáis ahora —les dijo señalando una mancha verde, que se iluminó en el plano—. Y aquí está el bosque de Alauda —que también se iluminó—. Y cerca, la Mancha Turbia.

Y esa parte del mapa, burbujeó y emitió un olor nauseabundo. Los duendecillos sintieron un escalofrío en su piel. Luego, Atabel les entregó una bolsa cerrada.

–En este talego he metido algunas hojas enfermas para Alauda, néctar y unas semillas como regalo. También hay un saquito con polvo venenoso, por si os veis en apuros.

El gran duende se alisó la barba blanca.

–Pero tened cuidado con esos polvos: son muy peligrosos. Abrid el saco solo si es necesario. Esos polvos paralizan a cualquier ser vivo, grande o pequeño, y si se inhalan en exceso, pueden dejarlo dormido para siempre.

–¿Cómo sabremos quién es Alauda?
–preguntó Rabel, con los ojos muy abiertos

–No os preocupéis, ella os encontrará. Por cierto, dadle recuerdos para su nieta. Mmm, cuál era su nombre...

Atabel se rascó la coronilla, intentando recordar.

–¡Ya recuerdo! ¡Adelita! Y debe ser ya una toda una brujita... Los duendes dieron un respingo, alarmados.

–¿Una bruja? –exclamaron a la vez.

–Bueno, es una larga historia. Alauda es mayor, y tiene una aprendiz: Adelita, la brujita del Bosque. Si decís que vais de mi parte, bastará.

El viejo duende suspiró con nostalgia.

Luego, volvió a centrarse en la conversación y dijo severamente a sus invitados.

–¡Dormid, que saldréis al alba! Mañana os contaré qué son las Lágrimas de la Vida. Y ahora, ¡a descansar!

Hizo un gesto a las luciérnagas y se apagaron. Los duendecillos se acostaron y cerraron los ojos. Les aguardaba un largo viaje.

COMPRAR EN ESPAÑA

COMPRAR OTROS PAÍSES

El camino de las Hayas

Cuando salió el sol, una ardilla de color rojo llamó a la puerta de Atabel.

–¡Buenos días, Alexia! –dijo el Duende–. Has sido puntual.

–Hay mucho camino que volar. –Respondió la ardilla.

Alexia tomó una piña con sus patitas, y la mordisqueó mientras movía la cola. Tenía los ojos oscuros y los bordes de las pupilas amarillos. Era una ardilla simpática y valiente. Y muy fuerte.

Se disponía Atabel a explicar a los duendes los detalles de su misión, cuando se escucharon unos aullidos. El Gran Duende se estremeció. El peligro estaba muy cerca, así que decidió que el grupo partiera enseguida.

–¡Vamos, vamos! ¡Hay que ponerse en marcha! –urgió a los duendes–. ¡El tiempo corre en nuestra contra!

–¡Vamos! –respondió Tonel decidido.

–Recordad –les advirtió Atabel–, si alguien os pide una porción de las Lágrimas, desconfiad. ¡Y evitad la Ciénaga! El Bosque se muere, así que traed pronto la medicina.

Y con un talego a la espalda, los duendecillos subieron al lomo de Alexia, que de un salto alcanzó la copa del abeto vecino.

–¡Adiós, Alexia! ¡Cuida de los pequeños! –se despidió Atabel.

–¡Hasta pronto! –respondió la ardilla, dando otro salto que sorprendió a los duendes.

–¡Eh! ¡Cuidado con los pasajeros! –se quejó Rabel, a punto de caerse.

–¡Sujetaos fuerte! ¡Vais a ver lo que es viajar deprisa!

Y así fue. Alexia saltaba, de rama en rama, volando por encima de los abetos, a gran velocidad. Los duendes se agarraban con fuerza al pelo rojo de Alexia. Cuando saltaba, extendía la cola como un timón para dirigir el vuelo. Sabía planear

muy bien. Por eso Atabel la había elegido para esta misión.

Al anochecer, habían recorrido gran parte del camino. Se acomodaron en la copa de un abeto y se dispusieron a descansar.

Tonel, de pronto, movió sus orejas puntiagudas y las orientó hacia arriba.

—¿Qué es ese murmullo? —se preguntó desconcertado.

Rabel también hizo lo mismo y puso cara de preocupación.

—Parece un llanto—dijo.

—Sí, pero podría ser el viento, porque estamos muy arriba —respondió Tonel.

Los duendes poseen un oído muy sensible y por eso es muy difícil sorprenderlos. Un rumor grave, como una queja, llegaba desde todos los rincones del Bosque.

—El Bosque está llorando —dijo Alexia con pena.